

## EL REGRESO

### LA CANCION DEL SOL

¡Qué bello es el sol! Vosotros los que vivís en países paradisíacos, bajo cielos azules, entre rayos dorados; vosotros, los hijos de España y de América, vosotros no podéis comprender la impresión que produce en estos primeros días de primavera la resurrección de la luz, porque se trata de una verdadera resurrección. Durante meses enteros existimos en la penumbra ó en la sombra.

Los faroles del alumbrado público se encienden á las tres de la tarde. Y así, el grito angustioso de Oswald en los Aparecidos de Ibsen no es inteligible sino en el Norte, entre la bruma.

¡El sol!... ¡El sol!... ¿Quién en

los inviernos parisienses no ha gritado un día lo mismo? Por un rayo de luz daría uno, entre septiembre y abril, cualquier tesoro.

Hoy he tomado yo mi primer baño de luz, *consciente*, gracias á un amigo célebre que no viene á buscarme sino en los casos solemnes.

—¡Ah, caballero—me dijo al entrar—usted no conoce los verdaderos placeres de París!

Y con sonrisa de Mecenas y además de millonario, continuó:

—Yo voy á iniciarle á usted en ellos... Pero no me lo agradezca, pues ningún gasto me ocasionará. Los verdaderos placeres son gratuitos. Los otros, los que se compran, las noches de restaurant á la moda, el champaña de los cafés de Montmartre, los teatros y los conciertos, son espectáculos explotados por mercenarios, y de los cuales un alma sensitiva no debe gozar sin rubor. Lo que se vende esgrosero. Lo que seda, en cambio, lo que se entrega sin in-

terés, la mirada que viene del balcón misterioso, la sonrisa que acaricia y que pasa, la estatua viva que después de ondular ante nuestra vista desaparece entre las fauces de un portal, el claro de luna que hace á los árboles un manto de plata etérea, y el sol, el sol de oro y de púrpura en el cielo de turquesa... y todo lo que es arte grande, en fin, debe exclusivamente seducirnos. Por Dios Santo y por el dios Pan sígame usted.

Estábamos en la esquina de la Ópera... Eran las siete de la noche.

La ciudad, envuelta en ligeras sombras que aun no llegaban, y luz que aun no se iba, parecía una decoración de "feerie". Todo palpitaba entre el áureo polvo del crepúsculo.

Los edificios esbeltos y grises cubríanse de vapores rosados, y allá en lo alto de los torreones, donde el aire es más puro y más diáfano, las oriflamas internacio-

nales estremécense con vuelos multicolores.

—¿Ha visto usted espectáculo más bello?— preguntóme el hombre de los ojos verdes.—No, en verdad. La callesola, sin músicas, sin desfiles, sin iluminaciones de día de fiesta, la gran calle sorprendida en uno de los momentos más íntimos de su vida monótona y admirable, producía en los espíritus una sensación casi mística.

Los ojos verdes se dilataban. La sombra, como una ola, principiaba á invadir el horizonte.

La figura de bronce que en el vértice de la columna de la Bastilla, corona á la Humanidad, hundíase ya en el aire opaco.

Del lado opuesto, más allá del Arco de la Estrella, más allá de la Torre, detrás de las colinas verdes de Sevres y de Bolonia, surgía un resplandor de llamas que incendiaban aún el cielo.

Y entre la púrpura del Poniente y la penumbra del Oriente, la

calle seguía siendo la arena intensa y muda lucha de los matices.

Muy abajo, muy abajo, bajo los arbolitos pequeñitos de las aceras, bajo los balcones y los rótulos, discurría sin prisa y sin pena una humanidad especial. ¿Eran obreras ó grisetas, burguesitas ó marquesas, banqueros ó dependientes?

No eran nada. Eran seres dichosos que, sin saber por qué, sonreían y se sonreían.

Una ligera voluptuosidad animaba la sangre entre las venas, y los nervios, heridos sin violencia por el aire titilaban bajo la piel. Los hombres maduros parecían adolescentes, y los ancianos se convertían en niños. Ellas, las chicas de quince años, y las chicas de treinta, diríase que temblaban, sacudidas por el *fru fru* de sus faldas de seda, embriagadas por el perfume sin carácter, pero intenso, de la agonía de la tarde.

—¡Admirable!—murmuré al oi-

do de mi amigo, muy quedo para no despertar á la Naturaleza.

El no me contestó. Temblando, también, decía entre dientes, como el rey David: „¡Presérvanos, Señor, de la cosa horrible que vaga por la noche!“

FIN

## ÍNDICE

	Págs.
Los pasaportes. . . . .	7
Las viajeras. . . . .	9
La nieve. . . . .	12
La llegada. . . . .	15
En trineo. . . . .	17
En el hotel. . . . .	21
Un amigo de D. Jaime. . . . .	24
Por las calles de Petersburgo. . . . .	28
Los señores funcionarios. . . . .	35
La obsesión. . . . .	39
Placeres de grandes duques. . . . .	44
El Chtochukine. . . . .	50
El tirano. . . . .	55
La casa de Gorki. . . . .	62
El jardín de los suplicios. . . . .	67
La raza perseguida. . . . .	69
El jardín de las caricias. . . . .	75

## PAISAJES EN ALEMANIA

Las noches del Broglie. . . . .	79
La ciudad feliz. . . . .	83
La ciudad horrible. . . . .	87
La ciudad real. . . . .	91
El fastidio de un domingo. . . . .	95
Violines de Hungría. . . . .	100

## EL REGRESO

La canción del sol. . . . .	105
-----------------------------	-----